

rrero, no sólo lo es cuando se cuenta, como en «Desafío en Valencia» o «Dos Madrigales para Nietas», sino sobre todo cuando se trasciende, tanto si es en una figura anónima, como en «Puerto de Gijón», como un bien conocido personaje, «Verdi 1874», que expresa nuestra propia idea de la muerte.

La demostración, en su grado más luminoso de perfeccionismo, se lograría a través del poema «Lope, la Noche, Marta» donde se cuenta, a medias (pues es poesía de sugerencias más que de relato) la relación amorosa entre Lope de Vega y Marta de Nevares una vez llegados a viejos, ciega ella y pobre clérigo rijoso él, tratando ella de danzar «una música hilada en la vihuela».

Ciegamente danza y barre Marta de Nevares mientras Lope de Vega pide a la noche que se vaya, pide a la muerte que no le arrebate su cuidado, cuando ya de tan poca cosa tiene que cuidarse, y escribe otra comedia —¿la mil cien? ¿la mil ciento cincuenta?— por encargo de unos representantes para seguir allegando a un hogar tan postrado, medios de subsistencia.

La poesía, si lo es, ni prescinde ni necesita de elaboraciones cultistas. Se desarrolla dentro de ellas o al margen de ellas con la misma naturalidad con que camina un nadador cuando está fuera de la piscina. Es oxígeno lo que necesita —es decir, vida— y eso lo da el aire, el son, las voces que desde dentro nos hablan.

Superación, por síntesis, de toda una trayectoria ejemplar, este libro nos deja, a través de sus poemas, una huella imperceptible, como ese polvillo que segregan y se nos une a la piel de los dedos, los gusanos de seda, las libélulas, las mariposas, en las que Hierro suscita la idea, al comienzo de su decir, de la transformación sin límite del tiempo.

Más contenido, igual de auténtico, menos rotundo en su belleza y, por ello, con un auge en su dramaticidad que nos conmueve, este libro es una clave innegable no para la obra personal del autor —lo que es obvio en sí mismo— sino para toda la poesía contemporánea.

Quizá por eso *Agenda* representa, en la culminación de una estética y una autenticidad, lo más hermoso de la literatura: la capacidad de ser en nosotros mismos, aun a nuestro pesar, un descubrimiento de muchos, un eco de todos, la voz misma del Todo hecha persona.

**Pedro J. de la Peña**

## Gastón Baquero: en el caldero de América

**I**ndios, blancos y negros en el caldero de América (Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1991), es una selección de ensayos escritos a lo largo de su vida por un hispanoamericano integral —así se define su autor—, un mestizo por fuera y por dentro. Nacido en Banes, Cuba, en 1918, Gastón Baquero, poeta, ensayista y periodista, colaboró en las revistas *Verbum* y *Espuela de Plata* de La Habana. Su nombre también está asociado a *Orígenes*, revista dirigida por Lezama Lima. Desde 1959 reside en Madrid donde se ha dedicado a la actividad intelectual. Ha publicado tres libros de ensayos: *Ensayos*, 1948; *Escritores hispanoamericanos de hoy*, 1961; *Dario, Cernuda y otros temas poéticos*, 1969 y cinco de poesía: *Poemas*, 1942; *Saúl sobre la espada*, 1942; *Poemas escritos en España*, 1960; *Memorial de un testigo*, 1966, y *Magias e invenciones*, 1984, a los que se une este volumen que constituye un reconocimiento al trabajo de quien ha hecho de la reflexión sobre Hispanoamérica, su historia, sus hombres, sus problemas, un ejercicio vital, al tiempo que ha sido capaz de recrearla en una formidable obra poética.

Fascinado por la inquietante realidad americana, Baquero escudriña con implacable ojo crítico los entresijos de una sociedad en permanente cambio. Desde Cristóbal Colón hasta Bolívar y Martí, el autor revisa documentos, reivindica y desmitifica vidas. Condena a Fray

Bartolomé de las Casas y elogia a Pedro Claver. Tampoco disimula su admiración por Cortés y no le tiembla la mano para desenmascarar a quienes, con fines políticos, reniegan de las irremediabiles consecuencias que desencadenaron la conquista y la colonia. Refiriéndose al conquistador de México, nos dice:

Yo amo a Cortés tanto como a Simón Bolívar, a los conquistadores y colonizadores tanto como a los conquistados y colonizados.

Su punto de vista frente a la Conquista va más allá de lo histórico, en tanto que este hecho, a su juicio, posibilita la existencia del Nuevo Continente como una entidad propia, caracterizada y peculiar, igual que una moneda fuertemente acuñada.

Tanto interés le despierta el Descubrimiento que en más de una oportunidad se detiene a reflexionar sobre Cristóbal Colón y su incierta aventura, pero de ningún modo lo hace para pretender revelar el misterio del navegante. Todo lo contrario, Baquero, irreverente con la historiografía sobre el tema, prefiere que la incógnita se mantenga para que, reconociendo las limitaciones de su visión, el hombre tome una lección de humildad.

En la otredad, América Latina aprendió a reconocerse y a existir para el resto del mundo. Por esta razón, el autor piensa lo americano a partir del Descubrimiento porque en ese momento se produce el fenómeno del mestizaje que conforma la identidad latinoamericana. Tal vez, la síntesis de su pensamiento se encuentre en estos versos suyos: «Todo es humo y ceniza./ La vida, un sueño roto/ donde un danzante ciego ciñe a la muerte ufana/ orquídeas de los Andes y espliego castellano».

Pero ese encuentro de etnias también es el origen de gran parte de los conflictos del Nuevo Mundo, pues al crearse el sistema de castas, el criollo blanco acumuló para sí todas las riquezas, mientras al indio y al negro sólo les quedó la pobreza. El drama de Hispanoamérica, nos dice Baquero, consiste en que la independencia no produjo cambio alguno en las viejas estructuras. Al contrario, se agudizaron los contrastes y los dueños de la tierra se valieron de diferentes técnicas para encadenar a indios y negros. Desde entonces, éstos hierven en el mismo caldero, junto con blancos, mestizos y mulatos. Pero es precisamente de ese cocido de donde saldrá una sociedad nueva.

Baquero pertenece a la «raza», casi extinta, de los que piensan que el futuro será mejor y que a lo largo de la historia el hombre ha venido asistiendo a un proceso de humanización que necesariamente lo llevará a la concreción de la utopía. Ese «hombre posible», al decir de Habermas, se encuentra en Latinoamérica.

Sin embargo, el autor no ignora la dimensión de un fenómeno como el racismo que para él es «una plaga nacida del matrimonio del hambre con el miedo», que tiene unas razones económicas que deben analizarse sin fanatismos políticos y religiosos. Por eso, cuando se refiere a este problema en Cuba —país que, debido al cambio de sus estructuras económicas y sociales, parece haberlo superado— Baquero no vacila en hacer afirmaciones como esta: «La aristocracia cubana quería salir a toda costa de Batista no por razones políticas, ni ideológicas ni morales ni filosóficas, sino porque esa aristocracia veía en Batista a un negro».

Del mismo modo, a quienes se han mostrado contrarios a la celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América les recomienda «Descubrir» la realidad del hombre latinoamericano, incluyendo a indios, blancos y negros que viajan en el mismo barco y se cuecen en el mismo caldero. «Sólo cuando indios, negros, mestizos y mulatos sean realmente ciudadanos con la propia calificación y posibilidades de los blancos, podrá Iberoamérica encontrar su equilibrio, su estabilidad y su arranque rectilíneo firme hacia el porvenir», dice Baquero. En lo que concierne al legado colonial, el autor reconoce que América Latina heredó de España el individualismo, origen de la indisciplina y ausencia de sensibilidad social para los intereses públicos, pero a quienes se lamentan de que no fueran los ingleses los primeros en llegar a estas tierras, les responde que prefiere mil veces la apasionada individualidad española porque, según él: «España nos enseñó el valor teológico y universal de la libertad», mientras «Inglaterra enseñó a sus colonias el valor pragmático de la obediencia».

Para Baquero, amar a España no es aceptar los abusos del conquistador ni las arbitrariedades del sistema colonial, sino reconocer una parte esencial de lo que somos y sus versos lo expresan con profundidad: «El Escorial era/ un galeón construido por el rey para viajar/ sin moverse de su rígido taburete, desde Castilla hasta

Acapulco./ Desde Acapulco hasta Manila, desde Manila hasta el cielo».

No cabe duda de que en Baquero hay una sana vocación de polemista que sabe dar en el punto exacto de la herida para así mover a la reflexión, demoliendo mitos y prejuicios intelectuales. Contradictorio, algunas veces, distante y mesurado, otras, y siempre sugerente, se puede estar a favor o en contra de lo que dice, pero lo que resulta imposible es permanecer indiferente ante sus afirmaciones y en ello radica, a mi modo de ver, el mérito de los ensayos que recoge este volumen.

## Consuelo Triviño

# Ética e infinito<sup>1</sup>

**A** comienzos del siglo XVIII, Leibniz propone el nombre de *teodicea* para toda investigación que intente explicar, simultáneamente, la existencia del mal y la bondad de Dios. Si tomamos este término en un sentido amplio, teodiceas han existido siempre, con atuendos religiosos o sin ellos. Desde el valle de lágrimas que nos promete, en el mejor de los casos, el paraíso, o la creencia según la cual la historia progresa por su lado malo,

este tipo de pensamiento ha sido y es constantemente una tentación. Según Emmanuel Lévinas, el siglo XX supone la destrucción del equilibrio entre la teodicea y las formas que el sufrimiento y su mal han adquirido a lo largo del mismo. «Siglo que en treinta años ha conocido dos guerras mundiales, los totalitarismos de derecha y de izquierda, hitlerismo y estalinismo, Hiroshima, el Goulag, los genocidios de Auschwitz y de Camboya. Siglo que se acaba en la obsesión del retorno de todo lo que esos nombres bárbaros significan»<sup>2</sup>.

Fin de la teodicea; fin que no hace más que resaltar el problema del sentido que pueden aún conservar la religiosidad y la moralidad humanas. Esta pregunta por la moral en un siglo en el que la inhumanidad de lo humano ha reinado, es un buen hilo conductor para interrogar la obra de Lévinas, quien puede ser considerado —como insiste Nemo en la introducción del libro que comentamos— como uno de los grandes filósofos de la ética contemporáneos.

Desde las primeras páginas de esta serie de entrevistas que constituyen *Ética e infinito*, Lévinas nos habla de una lectura de la Biblia, pues la Biblia, esclarecida por el Talmud, «no es un libro que nos lleva hacia el misterio de Dios, sino hacia las tareas humanas de los hombres»<sup>3</sup>. Por eso, amar la Torá más que a Dios forma parte del mensaje ético de este «libro de los libros donde se dicen las cosas primeras, las que *debían* ser dichas para que la vida humana tuviera sentido»<sup>4</sup>. Es la manera que tiene Lévinas de leer la Biblia, de dialogar con ella, de pedirle enseñanzas actuales, como los filósofos han hecho, y especialmente Heidegger, con los grandes clásicos.

Que Lévinas es un filósofo es algo que se recuerda constantemente en la presente edición a través del extenso cortejo de notas a pie de página que acompañan sus intervenciones. Cortejo engorroso para una lectura fresca del texto, pero necesario para no confundir una reflexión de la ética como filosofía primera —es decir,

<sup>1</sup> Lévinas, E.: *Ética e infinito*, traducción y notas de Jesús María Ayuso Díez. Visor, Madrid, 1991, 115 páginas.

<sup>2</sup> Lévinas, E.: «*La souffrance inutile*», en la revista *Les cahiers de la nuit surveillée*, n.º 3, Verdier, París, 1984, pág. 334.

<sup>3</sup> Lévinas, E.: *Difficile liberté*, *Le livre de poche*, París, 1984, pág. 383.

<sup>4</sup> Lévinas, E.: *Ética e infinito*, pág. 25.